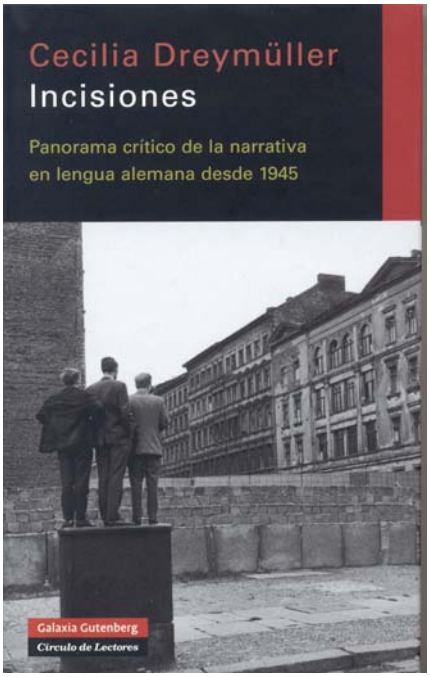
Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores



Incisiones

Panorama crítico de la narrativa en lengua alemana desde 1945

Cecilia Dreymüller

GABINETE DE PRENSA Tels. 91 435 83 44 / 91 576 79 89 lferreira@alfabeto.com

Cecilia Dreymüller
Incisiones

En las seis décadas transcurridas desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la literatura en lengua alemana ha mostrado una fecundidad y una riqueza extraordinarias, cuya notoriedad acreditan cinco premios Nobel —a Nelly Sachs, a Heinrich Böll, a Elias Canetti, a Günter Grass, a Elfriede Jelinek—, así como el prestigio y la influencia de autores como Max Frisch, Peter Weiss, Christa Wolf, Thomas Bernhard, Peter Handke o W. G. Sebald. Afincándose en la perspectiva del lector de habla hispana, el presente ensayo traza un panorama crítico y ordenador de este período tan extenso como complejo, u lo hace atendiendo al desarrollo simultáneo —y a menudo divergente— de la narrativa tanto en Alemania (dividida hasta 1989 por el Telón de Acero), como en Austria y en Suiza.

Este libro no es un manual en el sentido clásico del término. Su intención es interpelar críticamente la narrativa —pues a este género se ciñe, aunque no estrictamente— surgida después del cataclismo que barrió toda una tradición cultural, y rastrear su conexión con el momento pasado y el presente. Es decir, averiguar qué nos explican los libros de ficción de quienes los leyeron en su hora (tanto en el ámbito de la lengua alemana como fuera de él), y qué nos puede decir a los lectores de hoy.

¿Se sostienen todavía la alta estimación que en su día recibieron las obras de Böll y Frisch? ¿No se obviaron otras más incómodas y estéticamente exigentes? ¿Qué papel jugó el Grupo 47 en la evaluación de los autores no afines a él? ¿Qué fue de las escritoras de la generación de la posguerra? ¿Hasta qué punto influyó la Guerra Fría en la recepción de los narradores germano-orientales? ¿Está la literatura alemana todavía dividida por fronteras políticas? Responder a estas preguntas requiere pronunciamientos decididos, aunque probablemente parciales, tanto más apremiantes cuanto que, a lo largo de las últimas décadas, la narrativa en lengua alemana ha reflejado como pocas los procesos de transformación de la sociedad, desempeñando en ocasiones una importante función catalizadora de la conciencia colectiva.

Cecilia Dreymüller nació en Nohn (Eifel, Alemania) en 1962. Es doctora en Filología Hispánica, especializada en literatura escrita por mujeres. Residente en España desde hace más de veinte años, ha contribuido con su trabajo al acercamiento cultural de este país con Alemania. Traductora ocasional, ejerce la crítica literaria en medios alemanes y españoles.

GALAXIA GUTENBERG / CÍRCULO DE LECTORES

Cecilia Dreymüller
Incisiones

FINAL DEL CUENTO

¿Dónde está hoy la literatura alemana? El esplendor de los años cincuenta, sesenta y setenta se ha apagado. Desde hace tiempo, la influencia de escritores como Thomas Bernhard o Max Frisch es sólo recuerdo. Desaparecidos los grandes monstruos, a primera vista no se divisan sucesores. Resulta imposible identificar la literatura alemana por características inconfundibles o por grupos de autores unidos en un programa literario. Aunque se dan escritores importantes en todas las generaciones, no cuajan entre ellos para constituirse en productores de una literatura con idiosincrasia propia.

Las editoriales tampoco facilitan la tarea al lector. Si antes seguían título a título la trayectoria de un autor, ahora picotean aquí y allá, según las posibilidades de venta. Un soberano desconocimiento impide el seguimiento constante de los imprescindibles. No existe un criterio editorial, más allá del comercial, que refleje cabalmente la literatura alemana. Fuera de la nómina de los premios Nobel y las viejas glorias, las editoriales relevantes no se arriesgan. Es una práctica generalmente aceptada, ya que el editor empresario ha desplazado por completo al editor mediador cultural.

No obstante su inoperancia, la literatura alemana es hoy más productiva que nunca. Entre 1995 y 2005 coincidieron, en un ambiente de gran efervescencia cultural, un ingente número de novedades narrativas, motivo por el que se llegó a hablar eufóricamente de renovación y cambio de paradigma. La densidad de debuts, sin embargo, no atestigua tanto un florecimiento literario como el buen funcionamiento del sistema de talleres, ayudas y premios con los que en los países de habla alemana se fomenta la escritura creativa, que de este modo se ha convertido en un sustancioso medio de vida para determinados autores, y en una inversión rentable para algunas editoriales. Según Ulrich Janetzki, director de la *Literarisches Colloquium Berlin*: «Muchas veces los agentes literarios ya están esperando prácticamente en la puerta de nuestros talleres literarios para cazar autores, a los que llegan a pagar anticipos de veinticinco mil euros por manuscritos de cincuenta páginas».

En virtud de este sistema de incentivación, muchos escritores jóvenes se han adaptado con facilidad al mercado, convirtiéndose en hábiles urdidores de tramas, ejecutadas según las pautas de los institutos de literatura. Prolifera una narrativa bien hecha, de escritura suelta y eficaz y de contenidos atractivos pero profundamente intercambiables. No se produce así nada que no pueda encontrarse en cualquier otra parte del mundo. La mayoría de las publicaciones, celebradas por los medios como una revelación —como, recientemente, las entretenidas pero completamente inocuas novelas de Tanja Dückers, Felicitas Hoppe, Julia Frank, Sven Regener o Leander Scholz—, no plasman ninguna nueva conciencia histórica, ni suponen renovación alguna, sino más bien diversas modalidades más o menos acomodaticias del incuestionado *Zeitgeist* oportunista, confeccionadas a partir del más chato realismo descriptivo, y de las que apenas queda en la memoria otra cosa que las penosas etiquetas que sirvieron para promocionarlas, como «milagro de señoritas», «generación golf», «generación Berlín» y cosas de este tipo.

Los argumentos que respaldan la presentación de un libro no son ya literarios, sino comerciales. En consecuencia, los premios y distinciones no buscan tanto la excelencia artística o la relevancia sociopolítica de un determinado título, como su resonancia publicitaria, encaminada a optimizar el número de ejemplares vendidos. En este contexto resulta característico el recién fundado Deutscher Buchpreis, que concede el gremio de los libreros alemanes. Dada su potencia mediática y comercial, este galardón determina en buena medida la proyección de la literatura alemana en el extranjero, ya que casi automáticamente las novelas que distingue son contratadas por las editoriales extranjeras. Así es como el lector español se forma una idea de la actualidad literaria alemana con productos tan deslavazados y banales como *Es geht uns gut* (Todo nos va bien, 2005), de Arno Geiger, o *Die Mittagsfrau* (La mujer del mediodía, 2007), de Julia Franck.

En realidad, ese cambio de paradigma que celebraron algunos críticos se ha limitado a un relevo generacional o, mejor dicho, a un vacío generacional. La generación nacida en los años sesenta y principios de los setenta todavía no se ha perfilado. Con pocas excepciones, empezó a manifestarse más bien tarde: Andreas Maier, Kathrin Röggla, Norbert Niemann o Roswitha Haring rondan en la actualidad los cuarenta años y todavía están al comienzo de sus carreras literarias. Si es cierto, como dice Herta Müller, que es la presión de la experiencia la que inyecta intensidad a la escritura, se comprende entonces la falta de peso literario de las nuevas generaciones: la mayoría de los hijos de la sociedad del bienestar desconocen las urgencias existenciales, fruto de un entorno políticamente represivo o económico y culturalmente ruinoso.

Estro, sin embargo, ocurre en menor medida en el caso de los escritores provenientes de la antigua RDA o de padres emigrantes. Curiosamente, los escritores criados en la dictadura socialista o en familia de origen extranjero apuntan estéticamente más alto y se sirven de un lenguaje más rico y experimental. Nadie en la última década ha deslumbrado con ingenio tan irónico y acrobacias verbales más osadas que Feridun Zaimoglu y Jamal Tuschik, ambos escritores alemanes de origen turco; y en cuanto a agudeza sociopsicológica y valor de discernimiento político, despunta en solitario la germano-oriental Antje Rávic Strubel, con su despiadado drama social alrededor de una lesbiana del Este titulado *Kältere Schichten der Luft* (Capas de aire más frías, 2007).

Más allá de esta literatura surgida de los márgenes étnicos de la sociedad o de biografías truncadas por la caída del Muro, no parece haber ni la voluntad ni la capacidad de convicción suficientes para suscitar polémicas sobre temas candentes, plantear un debate estético o representar el sentir de la nación. Y, probablemente, no se volverá a dar este fenómeno, porque, evidentemente, la figura del escritor que marcaba pautas literarias y orientaba sobre cuestiones relevantes de la actualidad parece no caber en la sociedad posmoderna. «La literatura se encamina hacia sí misma, hacia su propia esencia, que consiste en su desaparición», afirmaba Maurice Blanchot.

Indudablemente, la pérdida de referencias estéticas, ideológicas y éticas, unida a los sempiternos cantos de sirena de la industria librera, dificultan la formación del autor impulsado por una vocación de incidencia pública y por la confianza en las posibilidades de la literatura. Los que a pesar de todo aún las conservan, aprenden de las estrategias ensayadas por las pocas voces que todavía defienden el derecho a inmiscuirse y disentir. La revocación del Premio Heinrich Heine concedido a Peter Handke en 2006, en represalia por su insistencia en sostener la inocencia del acusado Slobodan Milósevic mientras éste no fuera declarado culpable por el Tribunal Internacional de La Haya, culminó una campaña internacional de difamación que convirtió al escritor en *persona non grata* por haber denunciado la política destructiva de la OTAN en la antigua Yugoslavia.

Que un autor de la talla de Peter Handke tenga que preguntarse si el escritor es, en la actualidad, alguien tenido en cuenta resulta alarmante, y nos advierte tanto sobre la devaluación de los valores democráticos, como de la función del escritor en cuanto conciencia moral de una sociedad. La narrativa alemana sólo recuperará visibilidad y relevancia si los escritores se enfrentan a esta responsabilidad. Una literatura digna de legar a nuestros hijos, como la que pedía Wolfgang Hilbig, no se define por su éxito comercial, ni por su valor de entretenimiento, sino por su capacidad de expresar nuestro maltrecho, confuso y doliente mundo, y de aventurar respuestas cabales a sus conflictos.

CECILIA DREYMÜLLER